

# MERCURIO PERVANO

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS SOCIALES Y LETRAS



DIRECTOR

VICTOR ANDRES BELAUNDE

MVLTA RENASCENTVR  
QVE JAM CECIDERE



## SUMARIO

VENTURA GARCIA CALDERON Elegía.....	181
ADAN ESPINOSA SALDAÑA Eglógicas.....	186
JOSE L. BUSTAMANTE I RIVERO Ruínas.....	189
CLEMENTE PALMA Mors ex Vita (conclusión)...	190
AGE Revista de Política Inter- nacional.....	215
RICARDO MADUEÑO Formación yejecución del presupuesto fiscal en el Perú.....	220
NOTAS.....	231
VICTOR ANDRES BELAUNDE Revista Política.....	237

LIMA

PERV

## Mors ex vita

A Oscar Miró Quesada.

(Conclusión)

—Tienes razón, amigo mío, en el reproche que interlinean tus palabras: no he sido leal contigo y quizá si tu auxilio y tus consejos oportunos me habrían prestado buenos servicios. Tú conoces mi carácter concentrado y te explicarás que haya tenido pudor en comunicarte mis angustias. Estoy enamorado de una mujer que ha muerto, y que, si viviera, no me habría amado jamás, por que amaba apasionadamente a otro hombre con el que debía casarse, con el que quizá ya estaría casada, si la Muerte no se hubiera interpuesto entre ella y su ventura. La dulce niña me refirió ingénuamente su amor, ignorando el daño que me hacía. No creo que llegara a sospechar siquiera mi agonía: quizá, cuando murió, en la clarividencia espiritual de los últimos fulgores de la vida, llegó hasta su alma la vibración desesperada de mi alma que tiritaba de dolor.... La amaba tanto que no sentía celos del hombre a quien ella amaba tan dulce y tiernamente....El estaba en Noruega. Pronto debía ella partir para siempre: apenas hubiera desaparecido de mi vista la nave que la llevara, había resuelto matarme. Pero ella se quedó aquí.... conmigo....murió....no quiso que me matara. Era Lodoiska Frogner, la hija del embajador de Noruega. ¡Mírala, cuán bella era!....;Mira, Marcelo, esa admirable pintura de Lazlo que está allí sobre mi escritorio, cubierta por un velo! Es ella.... ella, la dulce y noble Lodoiska que no habría de amarme jamás....;Oh qué bella era, Marcelo, que bella! ¡Pero más bella era su alma! ¡Mírala y dime si no ha sido una depravación de Dios el destruir tan maravillosa obra.....!

Y sollozando como un niño, hundió la cabeza entre los almohadones del diván en que estaba sentado.

—Qué habrías podido hacer, mi excelente Marcelo,—continuó al cabo de un rato en que desahogó la opresión de su do-

lor—qué consejo habrías podido darme, que no hubiera sido banal? Ninguno que hubiera podido seguir. Fuí reservado contigo, no solo por el pudor de mi pasión desgraciada, sino por la convicción de la inutilidad de los consuelos de la amistad.

—Pero mi amistad te habría servido para compartir conmigo tus angustias y desesperaciones....

—Es decir, para que sufrieras tú, sin por eso, restar un ápice a la condenación fatal de mi desventura de amar sin esperanza.... Hoy mi dolor es otro, y es menos agudo y desesperante, hoy no me mataría, por que quiero cultivar el recuerdo de la dulce niña, cuya alma, donde esté, comprenderá lo infinito de mi amor, de este amor más permanente que la vida y más poderoso que la muerte. Hoy me consuela pensar que *ella* está en aptitud de comparar mi amor con el de aquel a quien amaba, mi dolor con el dolor de este desconocido y no odiado rival. Mientras yo viva, y ojalá pudiera vivir muchos años, muchos siglos, muchos milenios, permanecerá encendida e inextinguible en mi alma, la lámpara del recuerdo de *ella*. Amo la vida pero sólo por *ella* y para *ella*. Todo lo demás me es indiferente, me deja frío e impasible.... Miento, hermano querido, también os amo a vosotros, a tí leal y noble compañero, y a esas piadosas y abnegadas mujeres de mi sangre, que por la impulsión de acendrado afecto, han venido de tan lejos a cuidarme... Oh así, como en vida de *ella* guardé mi doloroso secreto, así quiero compartirlo ahora con vosotros.... Mañana saldré temprano.... ¿quieres acompañarme al lugar donde iré?

—Sí, por lo mismo que supongo a donde quieres ir....

—No era difícil suponerlo. Quiero ir a visitarla, quiero ir al lugar en donde duerme la pobre niña de mi amor.

Y en efecto, al día siguiente, con el alba, salimos en el auto, piloteado por mí, y nos dirigimos al cementerio. No llevó Loredano para obsequiar a su amada, sino una rosa blanca, perfumada y lozana, que depositó sobre la sencilla cruz de mármol, erigida en el suelo, sobre la tumba de la hermosa doncella. Dos horas permaneció Loredano sentado en un banco, con la cabeza entre las manos, y la mirada fija en la piedra en que estaba inscrito el nombre de su amada. De regreso a su casa, encerróse Loredano en su escritorio y permaneció allí todo el día frente al retrato de Lodoiska, pintado por Lazló. En vano Filomela, Marta e Hipólita intentaron sacarle de su encierro; asimismo mis reflexiones y consejos se estrellaron en la tenaz insistencia de mi amigo de no apartarse del retrato de Lodoiska. Al día

siguiente repetimos la visita al cementerio, y volvió Loredano en la tarde a encerrarse en su gabinete, irritándose, cuando nos esforzábamos en arrancarle de su retiro y de sus dolorosas meditaciones. Hipólita era la que mejor comprendía la grandeza de este amor, y a veces acompañaba por largo rato a su sobrino, conversando con él, y llorando la desventura de su amor. La pobre mujer, según supe después, sufrió penas semejantes, pues próxima a casarse con el hombre a quien amaba, le vió morir trágicamente, despeñado en una excursión de alpinismo, por el pueril y afectuoso afán de llevar a su amada una flor de *ethelweís*, que había brotado en la cúspide de una roca escabrosa de la Jungfrau. La flor fué adquirida a cambio de la vida. En el cadáver se encontró la flor de *ethelweís*, estrujada entre los crispados dedos. Hipólita la llevaba colgada al cuello, dentro de un medallón, con el retrato de su desgraciado novio.

Al ver que cada día se acentuaba más la tristeza y la misantropía de mi amigo, resolví alejarme de él y no seguir acompañándole en sus visitas al cementerio. De acuerdo con las señoras adopté esta resolución, para ver si así conseguíamos que Loredano modificara su actitud. Pero sólo se consiguió, por lo pronto, acrecentar su disgusto y su amor a la soledad. Hacia dos semanas que yo no veía a Loredano, y una noche en que fui a la silenciosa morada, para conversar con las bondadosas mujeres q' tan abnegadamente le cuidaban, tuvimos la sorpresa de ver entrar a la sala en que platicábamos las damas y yo, a Loredano. Me tendió la mano con cariño, sentóse en un sillón a mi lado, y sonriendo tristemente me dijo:

—Sabía, noble amigo, que venías todas las noches y que tu alejamiento de mi persona es una táctica para procurar la modificación del método de vida que sigo. Mi buen Marcelo bastante me conoces y eres bien inteligente para comprender que esto es más fuerte que tú y que yo.....

—Sí. Loredano, lo sé; pero creo que no es así como cumples bien tu deber para contigo mismo, para con el recuerdo de la mujer que amaste, para con tus tías y para conmigo. De este aislamiento insensato en que te encierras no conseguirás sino minar tu salud, opacar tu inteligencia, turbar tu espíritu y enloquecer, con lo cual no creo que irías por el camino de cultivar con nobleza y con consciencia, sobre todo, el adorado recuerdo que tú quieres guardar como un tesoro dentro de tu alma. De esa perturbación de tu ser psíquico y moral es de la que

no quiero hacerme cómplice, y por eso es que me he apartado de ti.

—Tienes razón, Marcelo, y quiero dominarme con supremo esfuerzo de voluntad, modificar mi conducta, hacerla más humana y racional. Seré más accesible a la vida exterior, al *no yo*. ¿No es esto lo que queréis? Pero lo seré, sólo para vosotros que sois las únicas personas cuya presencia me es grata.

Las señoras abrazaron a su sobrino, acariciándole con frases cariñosas, y yo le estreché la mano. La velada se prolongó hasta tarde. Con una volubilidad extraña cambiaba Loredano los tópicos de la conversación, que se deslizó sobre mil temas: La infancia de Loredano en Suiza y Alemania, la vida del colegio, los paisajes de los Alpes, la iniciación de nuestra amistad en la niñez y su consolidación en la juventud, los viajes, la actividad del padre de Loredano, etc. Por fin vinimos a caer en nuestras sesiones de espiritismo y en las apariciones, en las que Loredano creía, no obstante de las muchas supercherías de que fué testigo. Algunos fenómenos en que no logramos descubrir el *truc*, habían hecho honda impresión en mi amigo y afirmado su convicción en la supervivencia espiritual. Comprendí que era peligroso, dado el estado moral de Loredano, el mantener por más tiempo este tema de charla; pero por un lado la insistencia de mi amigo, y por otro la curiosidad de las señoras, muy especialmente de Hipólita, por conocer detalles de las evocaciones espiritistas, dificultaron mi propósito de llevar la conversación por otros rumbos. Logré al fin invitar a Hipólita en voz baja para que me ayudara a distraer a Loredano del tema; pero ya era tarde. Vi en la frente y en los ojos de Loredano como en un libro abierto lo que tanto temía se prendiera a su alma. En efecto, quedóse pensativo un momento y en sus ojos fulguró algo así como el relámpagueo de una esperanza de felicidad suprema. Con voz sorda, como si hablara consigo mismo, por un fenómeno de abstracción y olvido de cuanto le rodeaba, murmuró:

—¡La vida no es sino el nexo entre la realidad eterna y la realidad efímera, entre la realidad del alma indestructible y eterna y la realidad del cuerpo transitoria y formal! Si la realidad del ser persiste, y nos es dado, aunque en forma imperfecta aun, rehacer el contacto con la forma desaparecida, es claro que podremos *ver* de nuevo a los seres que amamos y perdimos, ¡es claro que *podré verla de nuevo, hablarla, oírla.....!*

Y sin darse cuenta de que en su monólogo nos había re-

velado su pensamiento, se volvió a mí, y procurando velar públicamente el anhelo de su alma, fingiendo una simple ocurrencia ocasional, me dijo con entonación que procuró hacer tranquila:

—Mira, Marcelo.....¿por qué no hacemos una sesión de espiritismo con mis tías? Quizá alguna de ellas resulte una excelente *medium*, y podamos obtener interesantes manifestaciones, libres de toda sospecha de *truc*.....

—Sí, Loredano, no hay inconveniente para que lo hagamos; pero.....después, cuando esté más adelantada tu convalecencia—respondí pensando que no era conveniente contrariarle rotundamente—tú sabes que en esas experiencias hay un fuerte desgaste nervioso.

—Después....después. ¿Cuándo, por ejemplo?—me preguntó, con voz que no podía ocultar la impaciencia y contenida irritación.

—Dentro de un mes

Calló como asintiendo, pero en la expresión de su fisonomía comprendí que le parecía muy largo el plazo, del que no protestó, por el pudor de que me apercibiera de su vehemente anhelo de invocar el alma de su amada, por lo mismo que sabía mi poca fe en las experiencias y recordaba cuánto me había burlado de ellas por las supercherías y mixtificaciones, que tantas veces había presenciado en su casa. No se me ocultaba que, a partir de este momento, Loredano iba a estar en un estado de excitación e inquietud, con la ilusión de los misteriosos fenómenos que para él tenían tanta importancia, y envolvían esperanzas de goces agudos y extraños; pero creí de mi deber consultar con el doctor Kellermann el deseo de mi amigo de renovar los perturbadores contactos con el misterio, no ya por la sugestiva atracción de lo maravilloso, sino por motivos íntimos, vinculados a los orígenes sentimentales y afectivos de su enfermedad. El sabio médico me habló con toda franqueza sobre la probabilidad inminente de que esas lucubraciones insensatas tuvieran consecuencias desastrosas en el estado mental y psíquico de Loredano. Obsesionado por su pasión, desequilibrado su sistema nervioso con la sacudida moral experimentada, creía casi seguro, que se produjeran graves trastornos en la inteligencia del paciente, alucinaciones y perturbaciones sensoriales que fatalmente le condujeran a la locura. Pero como yo le expresara que, dado el carácter de Loredano, concentrado y tenaz, al contrariarle, lo más seguro era que, solo, fuera de todo con-

trol, atenaceado por su pasión, se entregara a las experiencias y entonces habría el peligro de que sus alucinaciones y delirios se produjeran lejos de nuestra observación, que él nos las ocultaría cuidadosamente, y q' la corrosión mental se nos viniera a revelar en alguna crisis ya irremediable, convino el doctor en que lo más prudente era dar gusto a Loredano, procurándose no salir de esas vulgarísimas manifestaciones, casi inocentes, de los diálogos por medio de golpes, que tan desacreditadas están, por que se sabe que son efecto de elementales autosugestiones y de inconscientes supercherías de los que toman parte, aun de buena fé, en esas experiencias.

Continué yendo en las noches a casa de Loredano, quien salía a la sala a tomar parte en nuestras conversaciones, manifestándose tranquilo y dueño de sí. Durante el mes no aludí a las veladas espiritistas a que le había ofrecido acompañarle. Sólo al despedirme de Loredano en la noche trigésima, me dijo apretándome la mano, y con sonrisa un tanto forzada:

—Eh, no te olvides de que mañana a las nueve nos reuniremos mis tías, tú y yo en la biblioteca. Ya sabes... para que evaquemos los espíritus.....¡y distraernos un rato....!

## V.

Y aquí comienza la parte más interesante de este relato y en la que procuraré expresar con toda fidelidad los sucesos, sin comentarlos, secamente, sin ocurrir a atavíos retóricos, que por lo demás no sabría emplear, a fin de eliminar todo elemento imaginativo que pudiera desviar o deformar la apreciación exacta de los hechos, dándoles un carácter fantástico o romancesco. No tengo interés en alterar la verdad, y si me dejara llevar de mi natural escepticismo, tendería más bien a desacreditar hechos que, aunque los haya presenciado y no tenga honradamente el derecho de negarlos, a título de que no tienen explicación, sigo creyendo que son absurdos e insensatos. No puedo abdicar, con motivo de un episodio extravagante y excepcional, de mis convicciones sobre la realidad, respasadas en sólidas y controladas observaciones de muchos siglos, y que una simple incongruencia de esa realidad no puede destruir. Los hechos que voy a relatar son ciertos e inexplicables, como lo son todas las anomalías que ofrece la vida en sus diversos órdenes de fenómenos, y que no por ello detienen ni, destruyen el imperio de

las leyes naturales, biológicas y psicológicas. Las paradojas y contradicciones con que, a cada paso, tropezamos no son sino desconcertantes apariencias, que, profundizaciones científicas ulteriores y aciertos más completos en el estudio de las leyes, lograrán definir y situar debidamente en el engranaje correspondiente de las causas y los efectos, con lo que se explicarán algún día todos los fenómenos del eterno dinamismo de la vida y de la realidad.

A las nueve y media de la noche estábamos reunidos en la biblioteca de Loredano, las tres señoras, mi amigo y yo. Las señoras estaban pálidas dejando percibir la nerviosidad de que estaban poseídas, nerviosidad provocada por la mezcla de terror y curiosidad con que su espíritu se recojía ante la expectativa de las misteriosas comunicaciones con los seres de ultratumba.

La habitación destinada a las experiencias era una sala de doce metros de largo por ocho de ancho, dividida en dos secciones, por una doble arcada de marmol negro de la que pendían cortinas de terciopelo verde oscuro. En el compartimento posterior, que era el más pequeño, estaba el escritorio de Loredano, y el otro compartimento constituía la biblioteca, cuya estantería estaba empotrada en los muros a la altura de un metro sobre el parquet y rodeaba la estancia hasta poca distancia de la techumbre. Sobre la cornisa una fila de bustos de marmol, representando a las cumbres del pensamiento nos acariciaba con la mirada benévola y serena de unos ojos sin pupilas. El mobiliario lo formaban divanes antiguos, pedestales que soportaban estatuas de marfil o de alabastro, mullidos sillones y vitrinas conteniendo curiosidades y objetos de alto valor. En esta sección de la sala era donde debían realizarse ahora las evocaciones. En el centro había una mesa redonda de tres patas y de madera liviana, con circunferencia suficiente para que pudieran sentarse en torno hasta seis personas. Loredano parecía muy tranquilo. Estuvimos conversando de cosas banales durante un rato, antes de empozar las misteriosas experiencias. Por fin, Loredano nos invitó a sus tías y a mí a sentarnos en torno de la mesa, y creyó de su deber dirigirlas un grave introyto sobre la materia, que yo escuché con burlona sonrisa interior:

—La gente vulgar ha dado a estas comunicaciones superiores un carácter supersticioso y macabro que no hay razón para darles. Los escépticos y materialistas que creen que la muerte pone fin definitivo a la impalpable fuerza anímica que nos mue-

ve en la vida, y nos diferencia de las bestias, juzgan estos fenómenos misteriosos que vamos a experimentar como supercherías de pícaros y burlones, o como alucinaciones de enfermos. Si creemos, como creen íntimamente aun los mismos detractores del espiritismo, que hay un alma, que es algo distinto de la simple mecánica nerviosa, muscular y funcional de los organismos humanos, tendremos que admitir la supervivencia de esa alma sobre la grosera descomposición orgánica. La teoría espiritista sostiene que las almas, desprendidas del cuerpo por el fenómeno físico y químico de la muerte, continúan ligadas por el vínculo afectivo a la humanidad viva de que formaron parte, y aunque continúan existiendo y *viviendo* en un plano más puro de la realidad, es posible restablecer, imperfectamente por ahora, el contacto con ellas, por medio de la excitación de la fuerza anímica, lo que se logra por procedimientos especiales fundados en la concentración del pensamiento y de la voluntad. Todos tenemos, en diverso grado de intensidad, la virtualidad comunicativa, pero hay personas que, por extrañas disposiciones psicológicas, pueden realizar el contacto espiritual con más facilidad que las demás y aún prestar sus fuerzas fisiológicas al servicio de esa comunicación. Ahora, queridas tías, vamos a intentar establecer la relación de afectos con las personas que amamos y han dejado de vivir nuestra vida mixta para vivir otra que nos es desconocida, pero que tiene con la nuestra el nexo del elemento común: el alma. Si ustedes con absoluta fe invocan dentro de su espíritu a los seres queridos pueden estar seguras, como yo lo estoy, de que ellos acudirán al cariñoso conjuro.....

Y después de una rápida explicación de lo que debían hacer, del modo de imponer las manos en la mesita, de concentrar el pensamiento y de atender al menor signo de la presencia del misterio, redujo la llama del gas a un pequeñísimo punto de luz que apenas nos envolvía en una vaga penumbra en la que escasamente se bocetaba sobre el fondo oscuro de la cortina la silueta de los que estábamos en la habitación. En medio de un religioso silencio colocamos las manos sobre la mesa, permaneciendo así más de diez minutos sin que se oyera más que los latidos del corazón de Hipólita, que parecía ser la más impresionada. Los ruidos exteriores no llegaban a la habitación sino muy atenuados. Al cabo de un momento se sintió el característico crujido de la mesa que es el anuncio de la proximidad de los fenómenos. Un breve rato después los crujidos se hicieron más

repetidos, y tuvimos todos la sensación de que la mesa se estremecía levemente. Marta separó las manos aterrada. Loredano la suplicó tranquilizarse y continuar enviando su fluido. Nuevos crujidos y movimientos indicaron que *alguien* había, y como si eso no fuera bastante se hizo perceptible una ligera oscilación de la luz y un leve golpe sobre el cristal de una vitrina, algo semejante al ruido que produciría la caída de un pequeño coleóptero. Mi vista acostumbrada ya a la obscuridad permitiéndome observar la intensa emoción de Hipólita y el terror de Marta que se contuvo para no gritar. Tuvo un acceso de risa nerviosa y de pronto calló y echóse sobre el espaldar de su sillón cerrando los ojos.....

—¿Quién va allí?—pregunté con voz clara y con ligero acento de jovialidad.

Un nuevo crujido y el levantamiento de una de las patas de la mesa fué la respuesta. Como yo conocía tan bien como Loredano el ritual de este género de sesiones, me adelanté a tomar el papel de director de las comunicaciones, justamente para atenuar en lo posible las emociones de mi amigo enfermo y de sus impresionadas tías. Me proponía *conseguir* que los espíritus que nos visitaran fueran los de Platón, Lutero, Beethoven o Cagliostro o cualquier otro personaje histórico, pues por experiencia sabía la complacencia y hasta oficiosidad con que los hombres célebres acuden a la evocaciones espiritistas, sin duda porque, por lo mucho que trabajaron en esta vida, están desocupados en la otra. Después de convenir en la fórmula tiptológica de que un golpe sería *sí* y dos golpes *nó*, procedí a investigar el nombre del espíritu visitante

—¿Algún espíritu amigo está presente en esta sala?.....

Se oyó un golpe. Marta seguía inmóvil; Hipólita llena de ansiedad con sus grandes ojos abiertos escrutaba la penumbra; Filomela, con la cabeza inclinada, mirándose las manos, parecía sumida en honda meditación; y Loredano, con la fiereza de su convicción y los anhelos de su esperanza miraba fuertemente el espacio como si quisiera penetrar en el secreto de los átomos del aire y percibir la invisible figura de las almas....

—¿Eres, oh espíritu, el alma de alguien que haya influido en nuestra vida simpáticamente, generándonos ideas o emociones? ¿Algún poeta, escritor o filósofo?....

Confieso que voluntaria o involuntariamente—me inclino a creer lo primero— hice una presión con los dedos sobre la mesa para obtener un golpe de afirmación. Con alguna sorpre-

sa observé que la mesa ofreció una resistencia seria a mi intento. Después de un momento de silencio insistí en mi propósito de hacer que Victor Hugo, Goethe o Nietzsche se comunicaran con nosotros y repetí la pregunta. Hice mayor fuerza con las manos, y conseguí que la mesa diera un golpe. Pero lo extraño fué que, sin que lo pudiera evitar, el golpe se repitió inmediatamente, constituyendo así una respuesta negativa que me contrarió.

—¿Eres mi hermano?—preguntó con voz opaca Filomela, sin obtener respuesta alguna.

—¿Eres Karl?—preguntó temblorosa Hipólita, con el mismo resultado.

—¿Eres *ella*?...—interrogó Loredano

Sintióse en ese momento un ruido en el escritorio. Era algo así como un doliente suspiro que nos hizo estremecer a todos. Las manos de Marta se desprendieron pesadamente de la mesa.

—¡A Marta le pasa algo!—exclamé—¡encendamos la luz!

—¡No, no!—se opuso enérgicamente Loredano—nadie se mueva. *Ella* está aquí, ella, la adorada mía,...Lodoiska!..... Háblame.....exprésame lo que debo hacer..... ¿Has llegado a saber toda la pureza,..... toda la locura con que te he amado y te amo, toda mi desesperación y mi desesperanza.....?

Vago, informe, apenas apuntado en la tiniebla del fondo, en el espacio entreabierto, entre las dos cortinas, ví, vimos todos los que estábamos en aptitud de ver, algo así como el esbozo de una forma femenina, iluminada con el minimum de luz. Era algo así como si la décima parte del punto de la luz de gas que desintegraba la tiniebla absoluta de la estancia se hubiera condensado dentro de un bloc de niebla toscamente esculpida con las formas de una mujer. Y se oyó una voz *que estaba dentro de la habitación* y era distinta de la voz de todos, esta respuesta perceptible y *lejana*:

—Sí, Loredano,.....¡soy yo.... yo,.....!

—Es Marta quien ha hablado—exclamé yo, que sentado entre ella e Hipólita la vi mover los labios y *hablar con voz agena y remota*.

—¡Nó, nó!...es ella, es Lodoiska...es su voz..... vosotros no la habéis escuchado jamás.....es ella, lo juro. Un momento más, por Dios.....¡Lodoiska mía a tí he consagrado mi existencia que de hoy en adelante será la del hombre más feliz!.....

— ¡Olao!... ¡Olao!... Loredano!— volvió a hablar la voz dulce, juvenil y desconocida que salía de los labios de Marta

— ¡Marta es quien habla!— insistí.

— ¡Mientes!— profirió Loredano fuera de sí

Cojí las manos de Marta, quien, permaneció inmóvil, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados. Loredano creo que se dió cuenta de la dureza con que me había hablado.

— Marta habla— dijo— pero está dormida.... es *medium* y Lodoiska se vale de sus labios..... es Lodoiska quien me habla. ¡Vedla!.....

En efecto, sobre la cabeza de Marta se vió como un tenue y vaporoso bulto que simulaba vagamente la forma de una cabeza y que se desvaneció inmediatamente. Loredano se levantó violentamente para detener la forma ida y cayó de nuevo sollozando como un niño en los brazos de Filomela.

—Ea, basta por hoy..... podría haceros daño la prolongación de esta situación ¡—dije levantándome y dando vuelta a la llave de la luz eléctrica. La artística lámpara de forma bizantina que pendía sobre el centro de la habitación se encendió!

Todos estábamos hondamente impresionados con lo que habíamos presenciado. Loredano con los ojos inyectados me miró con ojos de intenso rencor, casi de odio q' expresaban a la vez el extravío y perturbación que había alterado su espíritu. Nadie se atrevía a hablar y a comentar las impresiones sufridas. Me despedí silenciosamente. Al siguiente día les encontré a todos más tranquilos y dueños de sí. Las señoras convinieron conmigo en que no se debían repetir con frecuencia las experiencias por el intenso desgaste nervioso y la honda emoción que a todos ocasionaba. Creo que llegé a asustarlas con la grave responsabilidad en que incurrierían ante su conciencia al prestarse a actos peligrosos que podían traer como consecuencia fatal la locura o la muerte de su sobrino: me ofrecieron no ser complacientes y retardar lo más posible su aquiescencia y colaboración para las experiencias espirituales.

El ánimo de Loredano se puso más tético y concentrado que nunca. El pobre mozo vivía entregado a sus recuerdos y a la obsesión de la imagen de su amada, vista en forma que él pudo apreciar mejor que nosotros en la penumbra nebulosa de la evocación. Todas las veces que nos vimos a solas me hablaba de su anhelo de volver a evocar el alma visible de su Loudiska, y de su esperanza que *llegara a materializarse y a hacerse tangibles*. Se habían dado muchos casos de estas reencarnaciones

fugitivas y consignadas en las obras tesóficas, que él había leído. Procuré disuadirle de un intento que me parecía absurdo, pero naturalmente sin conseguirlo. En el curso de dos meses tuvimos tres sesiones más, en que se repitieron con pocas variantes las escenas de la primera evocación. A la cuarta vez en que fuí solicitado para las experiencias, fingí una enfermedad y no acudí a la cita. No volvió a hablarme más Loredano del asunto.

Pero pronto observé cosas que me alarmaron e intrigaron. Algún tiempo después comencé a notar que Loredano estaba más *alegre consigo mismo*, no obstante de manifestarse más concentrado, más cerrado. Era como si estuviera entregado a una permanente contemplación interior halagüeña y en la que las urgencias y exigencias de la vida externa fueran enojosas soluciones de coitinuidad a las que atendía con una cordura automática. En sus tías observé que se habían vuelto incongruentes y como aleladas o distraídas; además era visible el desmejoramiento físico de ellas, y frecuentes síncope o desvanecimientos de cabeza las aquejaban, obligándolas a menudo a guardar cama. Cuando les hablaba del tema de las evocaciones experimentaban un estremecimiento y esquivaban el tema. Comprendí que algo extraño sucedía, y suponiendo fundadamente que nada podría sacar en claro por la investigación directa, volví a mis antiguos métodos de averiguación solapada. Así supe por los sirvientes de la casa que en las noches, en las que continuaba yendo yo con frecuencia, después que yo me alejaba, dos o tres veces por semana, las señoras y Loredano se encerraban en la biblioteca; que Loredano dormía hasta después del mediodía y otros pequeños datos relativos a la vida que se hacía en la casa. Todas estas cosas me intrigaron e inquietaron de tal modo que creí oportuno celebrar una conferencia con el doctor Kellermann y referirle los extraños sucesos de las reuniones espiritistas a que yo había asistido, y mi presunción de que algo muy grave estaba ocurriendo, con desmedro de la salud física y mental de Loredano y de sus parientes. El doctor se rió de mis relatos sobre lo que yo había presenciado y me dijo que yo también me había chiflado "con las necedades taumatúrgicas, esotéricas, oculistas y teosóficas"; pero ante mi circunspección para asegurarle el escepticismo y serenidad con que siempre he acogido los más extraordinarios fenómenos de ese orden, atribuyéndolos a truc de la picardía o de la historia, por tanto la conserva-

ción de mi control crítico, tuvo que convenir conmigo en que algo anormal había sucedido y estaba sucediendo en la mansión de Loredano, con serio detrimento para su salud y la de sus tías. El doctor rechazaba con toda convicción que hubiera nada de extraordinario y maravilloso en el asunto: sólo podía tratarse de simples sugerencias hipnóticas y de un proceso de descomposición funcional en el mecanismo nervioso de Loredano y sus tías, solteronas histéricas, y como tales fáciles sujetos para las perturbaciones mentales y sensoriales. Naturalmente, aunque yo, persona equilibrada y escéptica había visto algo que no tenía explicación, y que me consideraba más allá de las trastornadoras influencias que obraban en mi amigo, fácilmente me incliné a aceptar las teorías fisiológicas del médico en materia espiritualista. Tenía la seguridad de haber visto *formas indefinidas y aéreas de mujer*, la tenía reforzada con la repetición por tres veces de mi sensación visual; había oído una voz desconocida que manaba de los labios de *Marta dormida*, pero encontraba más racional y concluyente y seguro atribuir estos fenómenos a *manifestaciones físicas* de la vida, que a *intercalaciones metafísicas* del misterio. Asintió el doctor en la necesidad de que él presenciara ocultamente una sesión lo más pronto que fuera posible, para que adoptáramos un temperamento que detuviera los estragos que visiblemente se estaban produciendo en la salud física y mental de una familia. Sólo que iba a ser difícil presenciar, aun para mí solo, una nueva sesión. Una noche insinué a Loredano mi deseo de acompañarle una vez más en las evocaciones, pero sin manifestarle un vehemente afán, para no despertar sus sospechas, y fingiendo ignorar que las hubiera repetido desde la última vez en que yo concurrí. Palideció y quedóse suspenso un momento como meditando y vacilando en su respuesta. Por fin me cojió cariñosamente la mano y mirándome intensamente en los ojos como para penetrar hasta el último repliegue de mi pensamiento, me preguntó:

—¿Tu interés es leal, Marcelo? . . . . ¿No te parece mejor que no volvamos a profanar la paz de Lodoiska y de *nuestro amor imponderable* con curiosidades malsanas? . . . .

Confieso que sentí dentro de mí, apesar de que no me guiaba sino el afecto a Loredano, el escozor de un suave reproche, y no puede sostener la mirada dolorida, aguda e inquisidora de mi amigo. No encontré otra respuesta, en la vaga turbación que experimenté, que otra pregunta:

—Pero ¿acaso has continuado haciendo evocaciones..... sin mi intervención?

No me respondió inmediatamente. Comprendí que se había dado cuenta de mi turbación, y que le había afectado el apercibirse de que yo no era del todo leal con él. No se atrevió a mentir, y después de un momento de silencio, me respondió:

—Sí, Marcelo. No he dejado de comunicarme con Lodoiska .....pero esas comunicaciones han llegado a ser tan privadas y personales que ya no puedes ser testigo de ellas!.....

No insistí. Pero se comprenderá que las palabras de Loredano no eran las más a propósito para amortiguar la curiosidad que me dominaba, sino que, al contrario, la aumentaron, estimulando el proyecto acordado con el doctor Kellermann: de procurar ser r testigos ocultos de una sesión. Bien sabía yo que por mi parte el deber de amistad me exigía respetar las reservas de Loredano, y que, en cuanto al médico, no tenía éste el derecho, ni a título profesional, de introducirse en el hogar de un cliente para violar sus secretos personales, así se refieran a actos morbosos que pusieran en peligro inminente su vida o su salud. La acción del médico no podía ir más allá de la prescripción o el consejo, después de terminada su intervención solicitada en un proceso patológico. El doctor Kellermann lo sabía, y por eso, cuando yo le consulté el caso, se levantó de hombros después de comentar a su modo mi relato, como diciéndome que no le importaba profesionalmente lo que Loredano y sus parientes hicieran en orden a extravagancias y locuras, limitándose a deplorarlas. Pero no hizo gran resistencia cuando yo invocando el hecho de haber sido él el médico que dirigió la curación de Loredano en la fiebre cerebral, pedía de nuevo su intervención profesional, como única persona vinculada por afectos con el enfermo, asumiendo yo en tal virtud la absoluta responsabilidad del procedimiento que por circunstancias especiales, me veía obligado a adoptar para ponerle en contacto con él, así como para documentarle sobre los hechos perturbadores de su salud física y mental. Me parece que mi argumento no obstante sus apariencias de solidez, era algo especioso, pero el médico, sin duda porque también le mordía la curiosidad científica, se dejó vencer, y aceptó el acompañarme en el espionaje, esta es la palabra, de las locuras espiritualistas de Loredano.

¿Cómo hacer para penetrar sin ser vistos ni sentidos en el lugar de las experiencias espiritistas? Este problema es el que fácilmente resolví, después del detenido estudio de la topogra-

fía y las costumbres domésticas del hogar de Loredano Como he dicho, la vasta sala en que se efectuaban las comunicaciones misteriosas, estaba dividida en dos compartimentos que constituían el escritorio y la biblioteca de mi amigo. El muro del lado de la derecha tenía cuatro grandes ventanales góticos, de los que dos correspondían al escritorio. A las siete de la noche un criado cerraba herméticamente las ventanas, tanto los visillos como las dos grandes hojas de roble, cuyo cierre era por el sistema usual de *cremonas*. Constantemente se limpiaba el bronce de las perillas y se engrasaba las bisagras, de modo que el juego de las hojas se hacía sin que produjeran el menor ruido. Estas ventanas daban al jardín que rodeaba la casa por todos sus frentes. Todo el mecanismo de mi plan consistía en introducirnos en la casa por una de las ventanas y presenciar a través de las cortinas que separaban los dos compartimentos, cuanto ocurriera....y luego salir por donde habíamos entrado. En cuanto a la puerta de calle debo decir que por distracción desde la época de la enfermedad de Loredano en que tuve el manejo de su casa, conservaba conmigo una llave.

Un sábado en la noche fuí, como de costumbre, a casa de Loredano, recibéndome éste y sus tías con la afectuosa cordialidad de siempre. La conversación giró un momento sobre Bibliofilia y Bibliografía, materia ésta en la que era muy entendido Loredano, y de la que poseía verdaderas joyas en su biblioteca, ya que su fortuna le permitía hacer valiosísimas adquisiciones. Discutíamos respecto a las ediciones de Erasmo de las cuales poseía Loredano más de una docena de ediciones raras. Tenía el *Encomium Moriae* publicado en Venecia por Aldo, en 1518, varias ediciones de los *Coloquios* tanto en latín como en francés, español y otras versiones; las ediciones del *Adagiorum Chiliades*, de Venecia de 1508 y 1520, la de Elzevir de 1650 y de 1643. Nuestra discusión versaba sobre una edición del *Elogio de la Locura* traducida al francés por Pedro Guedeville, en Amsterdam, 1728; y otra edición de París de la misma traducción, revisada por Querlon hecha en 1751, ambas con láminas. Yo sostenía q' esta última tenía láminas de Holbein, y Loredano afirmaba que las láminas eran de Eisen. Fácil era convencernos: fuimos a la biblioteca y revisamos la valiosas ediciones de Erasmo. Loredano tenía razón: la edición de Querlon tenía doce viñetas de mediocre mérito, por Eisen; y la edición de Amsterdam era la que contenía como 80 pequeñas láminas de Holbein. Sobre la mesa dejé en el calor del en-

tusiasmo ante los preciosos libros, mis guantes y mi bastón. Aclarado el punto de controversia bibliográfica, regresamos a la sala y proseguimos la charla sobre diversos tópicos, hasta que los sonoros timbres de un magnífico reloj de bronce, oro y ónix que adornaba una de los muebles, dieron las once, hora en que me levanté para despedirme

—¡Diablo!—exclamé con el acento más inocente del mundo—nuestro amigo Desiderio el *roteradamo* ha retenido mis guantes y mi bastón...Ea no te molestes...sé donde quedaron, conozco el camino y no he de tropezar con nada.

Y fui ágilmente a recoger mis prendas. Sólo que, antes de tomarlas, entré rápidamente en el escritorio y haciendo girar la perilla de la *cremona*, dejé la ventana en disposición de abrirse silenciosamente con un pequeño empuje exterior. Cuando un minuto después regresé a la sala y me despedí, pude convencerme de una ojeada rápida que no había la menor sospecha de mi picardía.

## VI.

Omitiré detalles sobre nuestro ingreso, a las once y cuarto más o menos, en el escritorio de Loredano. La estancia estaba oscura y solitaria y no tuvimos el menor contratiempo. Trascurrirían diez minutos más, cuando por la puerta que quedaba frente a nosotros vimos el reflejo de una luz que se aproximaba, y a poco, apareció mi amigo con una palmatoria en la mano. Si no hubiéramos estado el doctor Kellermann y yo próximos a un ancho pedestal de marmol negro que soportaba una reproducción en alabastro del *Mercurio* de Juan de Bologna, hubiéramos sido sorprendidos. Felizmente pudimos, con el mayor sigilo, ocultarnos detrás de la estatua, favoreciendo esta ocultación el estado de abstracción y ensimismamiento de Loredano. Me quedé perplejo al verle. Traía en la mano la palmatoria y bajo el brazo un gran manojo de rosas blancas. Vestía un *xiston* griego que le llegaba un poco más abajo de las rodillas. Una vez que entró en el escritorio colocó la palmatoria sobre el bufete, y levantando las manos hacia el retrato de Lodoisca que pintara Lazló, en actitud de plegaria, murmuró con voz apenas perceptible para nosotros:

—Amada mía.....mi esposa, una vez más acudo a mitigar en tus brazos la insaciable sed de mi amor, de este amor que sólo tu muerte ha hecho accesible...¡Ven, oh esposa mía, complaciente y dulce, ven, oh divino y tangible fantasma de mi adoración a iluminar de ventura infinita el inmensurable do-

lor de la ausencia; ven, piadosa y tierna a consolar mi angustia; ven, forma viva de mi delirio, creación real de mis ilusiones inextinguibles a hundirme en rato fugaz en el deliquio inefable que me hace amar la vida y me anticipa la infinita venturanza..... Oh, ven, una vez más,.....ven!....

Cubrióse en seguida el rostro lívido con las manos y quedó por largo rato sumido en honda meditación. Luego deshojó, las rosas frescas y perfumadas esparciendo los pétalos sobre el mullido *causy-corner* que había, frente a nosotros. Levantó después la cortina y pasó a la biblioteca donde encendió un punto de gas. Lentamente, y con la palmatoria en la mano, avanzó hacia la galería o pasadizo amplio que por el lado opuesto al escritorio daba acceso a la biblioteca, y en donde, a ambos lados estaban los dormitorios de las señoras. Parado ante la puerta de la galería llamó:

—¡Filomela! ¡Marta! ¡Hipólita!.....Venid, como hemos convenido.....¡No retardéis mi felicidad!.....

Como tres fantasmas vimos aparecer en la galería las figuras esbeltas de las tres hermanas, vestidas con túnicas negras y que avanzaron pálidas y rígidas hacia Loredano, con paso de sonámbulas.....

—Sí, Loredano—exclamó con voz sorda pero llena de inflexiones cariñosas la menor de las tres hermanas—aquí estamos, como siempre, dispuestas a sacrificarnos por tí. Aquí nos tienes una vez más obedientes a tus deseos y dispuestas a hundirnos en el lúgubre misterio que nos está matando.....

—¡Perdón!...¡perdón!—murmuró Loredano— ¡pero la amo tanto!.....

—¡Pobre, hijo mío!—dijo compasiva la mayor, pasando su fina y aun tersa mano sobre la cabeza del joven—¡Vamos a la mesa!

Las tres damas avanzaron seguidas de su sobrino y se sentaron en torno de la mesa. Loredano apagó la bugía de la palmatoria y la estancia quedó sumida en obscura penumbra en la que, por un rato, mientras nuestros ojos se acomodaban a la nueva tonalidad actínica del ambiente, no podíamos percibir con precisión las figuras de las personas que tomaban parte en la extraña escena. Pero, a poco de habituados a la penumbra, percibimos con relativa definición las siluetas de las tres hermanas y frente a ellas la de Loredano. Todos tenían las manos sobre la mesa en actitud de profundo recojimiento. No pasó gran rato cuando comenzaron las manifestaciones. Primero cru-

jidos ligeros y ruidos opacos, luego vagas fulguraciones flo-  
tantes en el espacio. Loredano prescindió de las preguntas y  
diálogos usuales. De pronto el doctor Kellermann me apretó la  
mano, y me dijo en voz queda:

—Vea, Marcelo, ¡qué curioso!.....¡Mire el cuadro!.....

Volví la cara hacia el muro en que estaba el retrato de Lo-  
doiska. Una lijera fosforescencia oleosa cubría la figura de la  
joven haciéndola destacar sobre el fondo del cuadro. Cuando  
volvimos a atisbar la escena de evocación a través de las cor-  
tinas, observamos igual fosfórica fulguración en los ojos de  
Loredano, cuya mirada estaba enclavada sobre Marta. De pron-  
to, ésta, dando un prolongado suspiro, echóse sobre el espaldar  
del sillón, completamente dormida. Instintivamente volvi-  
mos a mirar el cuadro: había desaparecido la fulguración oleo-  
sa y no vimos sino un cuadrilátero negro como si la obscuridad  
hubiese recobrado su imperio y se enseñorease con mayor fuer-  
za sobre la superficie del lienzo. Detrás de Marta había una va-  
ga forma opalina y tenue que simulaba una forma indecisa de  
mujer.

—Fulguraciones hertzianas del pensamiento, proyectado  
en el espacio—murmuró el doctor a mi oído—pero de todos mo-  
dos fenómeno sorprendente!

Se recordará que en la primera evocación a que asistí, co-  
mo ya he referido, experimentó Loredano intensa emoción an-  
te la imagen informe en que creyó reconocer el cuerpo astral  
de su amada muerta. Ahora permaneció indiferente y su mi-  
rada, más fosfórica y aguda, se fijaba en la mayor de sus tías,  
quien en breve, al igual de Marta, se reclinó sobre el espaldar  
del sillón en actitud de profunda somnolencia. Entonces se  
realizó la más estupenda maravilla de que había sido testigo en  
todas mis intervenciones. Apenas quedó dormida Filomela,  
la vaporosa figura de mujer se definió con una precisión y una  
claridad asombrosas. Envuelta en tules, que velaban púdica-  
mente las formas, vimos, sin lugar a la menor duda, la fisono-  
mía y el cuerpo de la bellísima joven del retrato de Lazló. Te-  
nía todo el relieve y la vida de la realidad: su pecho movíase  
al impulso de una respiración anhelosa, y con muestras de tier-  
no afecto dirijía los brazos hacia Loredano en dulce solicitud.  
Era tan clara la imagen que pudimos percibir en la mano iz-  
quierda el brillo pálido de una sortija, y los puntos de luz que  
brillaban en el centro de unas pupilas que debían ser azules.  
El color de la carne, de los ojos y del cabello no era aún per-

ceptible sino por la diferencia de tonos dentro del gris claro y luminoso con que destacaba la figura sobre el fondo oscuro de la habitación: era como una gran imagen fotográfica que se hubiera animado con el poder de la vida.

— ¡Estupendo!... ¡Estupendo!...— murmuró el doctor Kellermann a mi oído.

Yo sentía una mezcla de espanto y estupefacción que me paralizaba y me hacía concentrar toda mi atención en los ojos. Lo que veía era ya inexplicable por las más avanzadas hipótesis naturistas que pudiera sugerirme mi escepticismo. No había la menor duda de que yo veía *la aparición real de un ser inexistente*. La figura evocada, como he dicho, estaba a espaldas de las damas. Hipólita no podía verla y no podía volverse, porque la mirada intensa, fosfórica, casi diabólica de Loredano la impedía desprender la mirada de la de él. Mi amigo parecía no haberse conmovido con la presencia de la imagen de su amada. Toda su alma, saturaba la mirada que dirijía a los ojos de su tía Hipólita que se debatía como si estuviera sentada sobre una plancha ardiente. Por fin, como sus hermanas, cayó pesadamente sobre el espaldar de su sillón, presa del sueño hipnótico.

— ¡Oh! ¡Al fin!... ¡Cómo ha resistido hoy!— exclamó Loredano levantándose y apagando el punto de luz del gas.

Pero por rápida que fuera la operación pudimos darnos cuenta de lo que había sucedido. Al dormirse Hipólita, *la aparición luminosa se apagó*, y ví, o creí ver, durante el espacio de tiempo que medió entre el sueño de Hipólita y la extinción del punto de luz, *la presencia de un quinto cuerpo opaco, de una quinta persona viva dentro de la biblioteca*. Después, la obscuridad más completa saturó la habitación y no pudimos ver nada más. Pero *oímos*. Oímos, pocos segundos después, ruido de besos y suspiros, el ruido blando de la presión corporal sobre los cojines y muelles del *causy-corner* del escritorio, esto es, de la misma estancia en que estábamos ocultos. El doctor me apretó el brazo violentamente:

— ¡Eh, diablos! ¿Para esto me ha traído usted? ¿Para atestiguar las infamias de un incesto?...—murmuró colérico a mi oído.

—Nó,.....no puede ser eso, p rotesto de.....

—Cállese, hombre, y no sea mentecato... No ve que *la tía Hipólita* es todavía una mujer joven, hermosa e...histérica?... Todo esto no es sino una farsa sutil ideada por una sensualidad enfermiza. Ea, yo me voy de aquí, ¡pero antes daré un susto a

esos tórtolos, en compensación del papel poco airoso que estoy desempeñando aquí!

Y sin que yo lo pudiera detener, salió del lugar en que estábamos escondidos, se dirigió de puntillas a una de las columnas del mármol, junto a la cual, en el muro, había visto una llave de luz y dió vuelta al botón. Se oyó al momento de iluminarse la habitación un grito de agonía agudo, extrahumano que me heló la sangre en las venas, porque tuve la sensación clara de que esa inflexión dolorosa *no había salido de labios de persona viva*. Loredano de pie, con expresión de indefinible espanto y extravió nos miró, y con el rostro contraído por una mueca horrible soltó una risotada. Levantó la cortina y huyó por la biblioteca. Kellermann y yo, consternados, le seguimos. En los sillones respectivos, junto a la mesa estaban las tres señoras aparentemente dormidas.

—¡Como ha hecho usted eso! Ha procedido deslealmente conmigo..... Su conducta no es la de un caballero ni la de un médico, sino la de un miserable—dije, violento, al doctor.

No me respondió. Hizo luz y se acercó a las damas, con viva ansiedad pintada en el rostro, que se cubrió de una lividez mortal a medida que las fué examinando sucesivamente.

—¡Están muertas!....¡Huyamos!....—murmuró con voz sorda encaminándose prestamente al escritorio.

Quedé aterrado, y perdida la conciencia de mi deber y de mi persona le seguí como una bestia espantada, saltando tras él por la ventana.

Un cuarto de hora después se daba la señal de incendio. La casa de Loredano ardía. Se logró apagar el fuego. No creo necesario referir las eternas horas de angustia que pasé. Al día siguiente los periódicos daban detalles de lo sucedido. Según las crónicas del siniestro, “el distinguido caballero Loredano, tan ventajosamente conocido en nuestros aristocráticos círculos sociales” tuvo un furioso acceso de enajenación mental “consecuencia, sin duda de la grave enfermedad cerebral que le aquejó hace un año” y prendió fuego a su lujosa y confortable morada de la calle N. A poco de iniciado el incendio y de advertido por la servidumbre, se procedió activamente a extinguirlo así como al salvamento de las personas que habitaban la casa incendiada. Por desgracia, las tres damas, tías carnales del infortunado caballero, y que vivían haciéndole compañía desde la época de su grave dolencia, no pudieron ser salvadas. “Se las encontró muertas en una de las salas de la casa, sin duda

asfixiadas por el humo" Al señor Loredano se consiguió detenerlo en el momento en que, presa de espantosa crisis, se disponía a arrojar en las brasas con un cuadro al óleo, magnífico retrato de mujer, pintado por el célebre Lazlo" "El señor Loredano ha sido conducido al Manicomio en vista de su condición perfectamente clara de enajenado. Hacemos votos por que esta crisis que tan dolorosas consecuencias ha tenido, sea pasajera, y se restablezca pronto la salud de tan estimable caballero".

Cuando el doctor Kellermann, después de su imprudente acción vió a Loredano *solo* y se lanzó en su seguimiento a la biblioteca, yo inconscientemente, nó por acto de súbita cleptomanía sino obedeciendo a instintiva impulsión, recojí del *causycorner* un objeto que ví brillar entre los pétalos de rosa: era una sortija. La cojí y la guardé en el bolsillo del chaleco. Varios días después de los sucesos que acabo de referir, reflexionando penosamente en la espantosa tragedia realizada y de la que en gran parte yo era responsable, recordé el acto inconsciente que ejecuté guardándome una sortija. La saqué del bolsillo: era un aro esponsalicio y tenía en la cara interior grabada la siguiente inscripción en letras góticas diminutas y en noruego, que traducida significaba:

*Olao a Lodoiska—12 de mayo de 1911*

Estábamos en noviembre de 1913, y fué en Julio del año 12 que falleció Lodoiska Frogner, bella hija del embajador de Noruega.....

No he vuelto a ver al doctor Kellermann. Cierta es que un mes después de estos sucesos emprendió viaje de placer a los Estados Unidos. Trascurridos varios años, hojeando en el Club las revistas y publicaciones, me puse a revisar una revista teosófica de los Estados Unidos, y vi el nombre del doctor Roberto Kellermann, en la nómina de los miembros de número de la *Theosophical Society of Psychical Study* de Nueva York.

## VIII

Seguramente con lo que he relatado, hay lo suficiente para llevar al ánimo del lector el convencimiento de la verdad del pensamiento que expresé al comenzar: que no es prudente ni útil profundizar demasiado la investigación de los fenómenos misteriosos. Sin embargo, aun tengo que decir algo más respecto a los acontecimientos narrados.

A principios del año pasado, o sea de 1917, llegó a esta ciudad mi primo el calaverón de Max Gilchristh, quien venía, después de haber pasado diez años divirtiéndose en todas las capitales de Europa y derrochando su fortuna placentemente. Eramos buenos amigos y más de una vez me escribió invitándome a que fuera a acompañarle en sus tunantadas, invitación que aunque estuve a punto de aceptar en dos ocasiones, no llegué a poner en práctica. Max era, con todo, un buen muchacho y estoy seguro de que me habría ayudado con el mayor gusto del mundo a dilapidar los cien mil francos de que podía disponer para un año de jolgorio en París y Berlín. Una noche en la que Max se quedó a comer en mi casa, recién llegado, nos pusimos a conversar de sobremesa, y en la expansión de nuestra antigua amistad y de nuestro estrecho parentesco le referí la trágica historia que he narrado en estas páginas. Todo me esperaba menos que Max pudiera complementarlas.

Para no extender más de lo discreto este relato voy a limitarme a extractar lo que me refirió mi primo Max. A fines del año 14 se hizo difícil la vida en París con motivo de la guerra entre las potencias estallada en Agosto: el patriotismo y el entusiasmo del pueblo francés después de su bizarra defensa en el Marne que detuvo la invasión y el asalto de París por las huestes germanas eran indescriptibles. No había más preocupación que la guerra y toda la actividad de la gran capital y del pensamiento de sus moradores estaban subordinados a la magna obra de la defensa nacional. Max no se sintió cómodo en ese ambiente y quiso visitar algunos de los países de Europa que no conocía. Entre éstos estaban Dinamarca, Suecia y Noruega. Llegó a esta última nación en setiembre del año 15. Se alojó en Cristianía en un comfortable hotel de la Karl-Johannes-Gade, que es la principal avenida de la ciudad. Pronto se relacionó con la juventud alegre de la capital noruega, no sólo por medio de las cartas de presentación que había llevado sino por la acción de nuestro cónsul, un antiguo amigo y camarada del colegio. Entre las personas a quienes le vinculó una ligera simpatía, estaba un joven marino de agradable fisonomía, aspecto románticamente melancólico, que concurría con alguna frecuencia al Club, pero por desgracia se embriagaba atmbién con alguna frecuencia. Se llamaba Olao Obershamn. Estaba licenciado o suspendido en la marina de guerra. Llegaron a tener relativa intimidad y una noche, presionado por indiscreta curiosidad de Max, le refirió los motivos de la tristeza íntima que a

veces le acometía y le estimulaba a buscar en el alcohol el lenitivo o la ofuscación de sus penas. Había amado con profunda ternura a su novia, una linda muchacha, hija mayor del conde Christian Frogner, ex-embajador de Noruega en remotos países. Lodoiska, que así se llamaba su amada, debía regresar a Cristianía, para casarse con él. A fines del año 12 y poco antes de emprender el viaje de regreso, adquirió una enfermedad tropical que la llevó a la tumba. De esto, hacía poco más de tres años. No la podía olvidar por más que se esforzaba y sentía rabia por esta obsesión tenaz de sus sentimientos, porque tenía la seguridad de que su novia le había amado leal y profundamente, le habría hecho muy feliz, y merecía ser llorada eternamente. Sentía algo así como un irracional rencor por esta adherencia del dulce recuerdo que, sin saber porqué, le parecía ultrajado por la infidelidad irreparable de la muerte misma. Era bestial que le excitara el irresponsable alejamiento de la muerte como si de ello fuera culpable la pobre niña; pero era así, y junto al tierno recuerdo sentía confuso y amargo rencor. Quizás trastornos psíquicos derivado del uso ya inmoderado de las bebidas. El padre de Lodoiska, en cuanto regresó, se había encerrado con su familia en su castillo de las cercanías de Gjoevik, a las márgenes de un lago. Estuvo inconsolable por la muerte de la más querida de sus hijas. Hacía ocho meses había muerto también y, antes de fallecer, había dispuesto que el cadáver de Lodoiska fuera traído y guardado en el cementerio de familia en Cristianía. En esos días debía justamente llegar la nave portadora de los restos de Lodoiska. En efecto, diez días después llegó el esperado vapor, y la familia de la muerta señaló la fecha de la inhumación de los restos, operación que debía realizarse privadamente con la asistencia de miembros muy cercanos de la familia, representantes de la autoridad política y municipal, un pastor, Olao y nuestro cónsul. Pero sucedió, que éste, a quien diariamente visitaba Max, cayó gravemente enfermo la víspera de la ceremonia fúnebre, con un ataque hepático que requería inmediata intervención quirúrgica. El consulado no tenía empleados, pues la relación comercial entre los dos países no era muy grande. La exportación de Noruega a nuestro país, se reducía a cargamentos de pulpa para la fabricación de papel y bacalao. Para estos despachos que se hacían quincenalmente no se requería de mayor personal en el consulado. La embajada que la cancillería noruega acreditó en nuestro país se había debido a razones ocultas de orden político y

de acuerdo con las demás naciones, pues dentro de las prácticas internacionales Noruega no tenía derecho a tan alta representación diplomática, concedida sólo a las potencias. En vista de la imposibilidad en que se encontraba el cónsul de prestar sus servicios oficiales, dió su representación a Max, por medio de una carta credencial, que tanto la autoridad como la familia tuvieron la cortesía de aceptar. Cedo aquí la palabra a mi primo Max:

“—.....Estaban presentes un tío de la muerta, caballero de unos sesenta años y de bondadoso aspecto, dos hermanos de ella, jovencuelos de 17 a 19 años respectivamente, un comisario de policía o cosa por el estilo, un alto funcionario municipal, un pastor, un notario, Olao, varios empleados inferiores del cementerio y yo. Antes de hacer la inhumación en el claro de un bosquecillo de cipreses y sauces en que se alzaban en el suelo varias tumbas con cruces y túmulos, había que hacer la atestación o acto de constancia, para lo cual pasamos a la oficina del cementerio, vasta sala con mesas de mármol, sobre una de las que se hizo la apertura del ataúd en que vino el cadáver, fina caja de roble blanco y plata con forro interior de acero. La familia había dispuesto que los restos de la pobre niña fueran trasladados a otra caja riquísima de ébano y marfil. Al destaparse el ataúd apareció el rostro descarnado o mejor dicho la seca calavera de la que había sido una mujer hermosa. Tenía las manos cruzadas sobre el pecho, y en *el anular de la mano derecha un sortija*. No se oía, en medio del relativo silencio en que se efectuaba la fúnebre ceremonia sino los contenidos sollozos de los dos mozalbetes y de Olao. Derrepente vimos a éste ponerse espantosamente lívido, mirar con los ojos desmesuradamente abiertos las manos del cadáver y precipitarse sobre ellas arrancando la sortija....Fué una cosa espantosamente desagradable. Como un frenético dió un tirón brutal y arrancó la sortija y el dedo. Era un anillo de oro con una piedra negra grabada. Examinó ávidamente la sortija y luego la arrojó violentamente contra el suelo, con el hueso en que estaba inserta, y profiriendo una blasfemia se alejó precipitadamente, dando traspiés como un ebrio. La consternación de todos los presentes fué grande, y nadie se explicaba la incomprensible actitud sino como una perturbación de su dolor y como una muestra de desequilibrio debida a su vicio alcohólico. Yo recojí el triste despojo y lo coloqué en el ataúd, pero antes, dirijí una mirada a la piedra de la sortija. Tenía finamente grabado un escudo

nobiliario, con un árbol frondoso, olmo, haya o encina, y encima la inscripción *Surgit per se*.....”

—¡La sortija de Loredano!—exclamé lleno de de estupor.

—“No sé de quién. Pero lo más terrible fué que al hacerse la traslación del cadáver a su nueva caja, una parte del vestido o mortaja, que de ambas cosas tenía, se enganchó en una de las piezas de plata del primitivo ataúd y rompiéndose la podrida tela, dejó caer a nuestros pies.....algo que no puedes imaginar.....”

—¡Realmente.....no acierto con lo que pudo ser!

—Pues,.....¡la osamenta de un pequeño feto de seis o siete meses!,.....”

CLEMENTE PALMA.